

horror solía leer en Livio cómo dió muerte Fulvio á todo el Senado de Cápua durante la segunda guerra púnica! ¡Y con qué serenidad he podido oír que toda la guarnición de Delhi, todos los doctores musulmanes y todo el populacho del bazar habían sido tratados de la misma manera! ¿Es esto justo? La severidad que nace de una gran sensibilidad por los sufrimientos humanos ¿no es mejor que la lenidad que nace de indiferencia por los sufrimientos humanos? La cuestión puede discutirse largamente.

27 de Octubre.—¡Albricias! ¡albricias! ¡Gracias á Dios! Tomada Delhi: Un gran acontecimiento. Acontecimiento glorioso para la nación, y que tendrá resonancia en todos los dominios del cristianismo y del islamismo. ¡Qué proeza la consumada por un puñado de ingleses en el corazón de Asia!

11 de Noviembre.—¡Albricias! ¡Buenas noticias! Lucknow socorrida. Delhi nuestra. Preso el viejo chocho. ¡Dios sea alabado! Otra carta de Longman. Ya han vendido otros 7.600 ejemplares. Según mi cuenta, son cerca de 6.000 libras en mi bolsillo. Pero me complace poder decir con verdad que esto me satisfizo mucho, muchísimo menos que las noticias de la India. Apenas he podido comer de alegría.

Los amantes de la poesía se preguntarán quizá con extrañeza cómo el ardor patriótico que los sucesos provocaban en Macaulay no se desahogó en raudales de armonía semejantes á aquellos con que supo celebrar Ivry y la Armada. Aún es más notable que, si se exceptúan las estrofas que escribió después de su derrota de Edimburgo, nunca pusiese en verso ninguna de esas conmovedoras expresiones de emoción personal que tanto menudean en las páginas de su Diario. La explicación consiste probablemente en que, desde

que empezó á escribir regularmente para la *Revista de Edimburgo*, siempre tuvo entre manos alguna ocupación importante y continua que absorbía su imaginación y consumía todas sus energías productoras. No hubo más que una breve interrupción en sus trabajos, y á ella debemos los *Cantos de la antigua Roma*. «Si tenéis una gran obra en la cabeza—decía Goethe—ninguna otra prosperará á su lado.» Macaulay no asintió al pronto á la verdad de ese aforismo, resumen de la larga experiencia del más gran maestro que hizo á sabiendas de la literatura un arte. Pero pronto descubrió que Clío era una dueña y señora que no admitía fidelidades á medias; y las musas hermanas perdieron así los homenajes de un adorador á quien justamente podía esperarse contar entre los favorecidos.

Mucho después de haber abandonado todos los demás quehaceres públicos, Macaulay siguió ocupándose de la administración del Museo Británico. En Febrero de 1856 escribió á lord Landsdowne, á fin de contar con la poderosa influencia de ese antiguo amigo á favor de un arreglo que permitiese colocar al profesor Owen en una posición digna de su reputación y de sus servicios. La circunstancia que dió origen á la carta fué el anunciado nombramiento del signor Panizzi para el puesto de secretario y primer bibliotecario del Museo. «Me alegro de esto—escribe Macaulay—por razones públicas y privadas. Sin embargo, temo que el nombramiento sea impopular dentro y fuera del Museo. Hay un recelo creciente entre los hombres de ciencia, que, entre nosotros mismos, se abre paso aun en el Consejo de Administración. Existe la idea de que se descuida el departamento de historia natural, y que se favorece indebidamente á la biblioteca y á la galería de escultura. Seguramente no contri-

buirá á desvanecer esta idea el nombramiento de Panizzi, cuyo gran objetivo, durante muchos años, ha sido hacer de nuestra biblioteca la mejor de Europa, y que en cualquier tiempo daría tres mammutos por un Aldus».

Macaulay pasaba después á proponer que, á la par que se nombraba al signor Panizzi para la secretaría, se diese al profesor Owen la dirección de todo el departamento de historia natural, comprensivo de la geología, la zoología, la botánica y la mineralogía. «No puedo menos de creer—dice—que esta combinación sería altamente beneficiosa para el museo. Tengo por seguro que sería popular. Debo añadir que yo deseo vivamente que se haga algo por Owen. Apenas le conozco para poder hablar de él. Sus estudios no son los míos. Pero su fama se extiende por Europa. Es una honra para nuestro país, y me duele pensar que un hombre de su mérito se acerque á la vejez en medio de angustias y escaseces. Me dijo que ochocientas libras al año, sin casa en el museo, serían para él la opulencia. Ni siquiera deseaba más, decía. Me parece que hay aquí un caso de protección pública. Los literatos ó artistas eminentes no necesitan tal protección. Un poeta, un novelista, un historiador, un pintor, un escultor, que rayase en su esfera á tanta altura como Owen entre los hombres de ciencia, no se vería nunca necesitado, á no ser por culpa suya. Pero el más gran filósofo naturalista puede perecer de hambre mientras sus compatriotas se vanaglorian de sus descubrimientos, y mientras las Academias extranjeras solicitan el honor de añadir su nombre á su lista» (1).

(1) El 26 de Mayo de 1856, el profesor Owen fué nombrado

Desde que en el verano de 1854 Macaulay se consagró definitivamente á concluir la segunda parte principal de su *Historia*, hizo sin interrupción su trabajo diario hasta concluir la tarea prefijada. Cuando hubo conseguido ese resultado, cuando estuvieron en manos del público el tercer y cuarto tomo, no se dió cuenta en un comienzo de lo profundamente que había padecido su salud, ya debilitada, con el esfuerzo prolongado que le exigió la producción de esos volúmenes. En todas las épocas anteriores de su vida, el término de una empresa había sido la señal para el inmediato comienzo de otra. Pero en 1856, el verano sucedió á la primavera y dió puesto al otoño antes de que él volviese á tomar la pluma. Durante muchas semanas seguidas se entretuvo con placer en esas gratas ocupaciones que traen en pos de sí los triunfos literarios: contestar cartas de felicitación; dar gracias, más ó menos sinceras, por las observaciones y críticas que llovían sobre él; preparar nuevas ediciones y leer todo lo que decían de él las revistas con el plácido goce del autor veterano.

«Compré la *British Quarterly Review*: un artículo sobre mi obra; alabanza y censura. Como otros escritores, devoro la alabanza y estimo absurda la censura. Pero creo realmente que, en general, las imputaciones son infundadas, aunque la obra es, sin duda, bastante defectuosa. Es una suerte para su reputación que yo no la critique, como podría hacerlo.» «*Frazer's Magazine*. Muy laudatorio. El autor es evidentemente Juan Kemble. Tiene plena razón al decir que he pasado ligeramente por la política continental. Pero ¿estaba

superintendente del departamento de Historia Natural con el sueldo de 800 libras anuales.

mal hecho? Yo creo que podría defenderme. Estoy escribiendo una historia de Inglaterra; y el revolver, como él recomienda, los archivos sajones y hesseses para fijar todos los pormenores de las negociaciones continentales de aquel tiempo, hubiese duplicado mi labor, ya bastante ruda. Que yo no haya dado una idea exacta en general de nuestras relaciones continentales, eso no lo ha demostrado él ciertamente.» Después de almorzar fui al Athenæum, y vi los artículos que traen sobre mi obra la *Revista de Dublin* y la *Revista Nacional*. Muy satisfecho de ver que toda la habilidad y el saber de Maynooth no pueden hacer ninguna mella sobre mi relato de la guerra irlandesa.» «Recibí la *Allgemeine Zeitung*, y encontré allí un largo artículo sobre mi libro, muy laudatorio y muy agradable para mí: porque tengo el juicio de los extranjeros por pronóstico más seguro de lo que puede ser el juicio de la posteridad que el de mis propios conciudadanos.» «He hecho algunas alteraciones en mi exposición de la Declaración de Jacobo de 1692. Si mis críticos hubiesen estado bien enterados, hubiesen podido atacarme por un párrafo acerca de ese asunto. Pero se les escapó, y ahora he puesto las cosas en su punto.» «Hoy recibo una carta de..., señalándome una gran impropiedad de lenguaje en mi obra, una impropiedad rara en mí, me parece. Se corregirá, y quedo agradecido al colega, á pesar de lo poco que le estimo.»

Por fin, en 1.º de Octubre de 1856 apunta Macaulay en su Diario: «En el museo examiné los despachos holandeses para recoger datos sobre el fuego de Whitehall. De vuelta en casa, escribí el principio de la parte III. Sabe Dios si acabaré nunca esta parte. La empiezo con pocos ánimos ni esperanzas.» En el verano

de 1857 anoto: «¡Cómo corren los días, y sin hacer nada! Me acuerdo á menudo de las lamentaciones que repetía Johnson todas las Pascuas con motivo de su pereza. Pero el caso es distinto. Con frecuencia he sentido esta incapacidad enfermiza para el trabajo; pero nunca tanto tiempo y con tanta fuerza. Consecuencia natural de los años y la holgura.» En 14 de Julio del mismo año: «Hoy he escrito una buena ración; Darien. Ha vuelto el buen humor, y me esmeraré en conservarle. ¿Qué mejor entretenimiento puedo tener, suponiendo que esto no fuese más que un entretenimiento?» Y en otro lugar: «Lei acerca del asunto de Darien. Será imposible decir la verdad en punto á esa materia sin enojar á los escoceses. Pero se dirá la verdad.»

Es difícil encaracer la importancia intrínseca del trabajo en que ahora se había empeñado Macaulay, porque el curso de su *Historia* le había llevado á una era capital en los anales políticos de nuestro país. Tenía que referir la historia y exponer la enseñanza de los años que median de 1697 á 1701, de esos años en que la mayoría de la Cámara de los Comunes era ya la fuerza más poderosa del Estado, pero en que la doctrina de que el poder ejecutivo debe estar en manos de ministros que posean la confianza de esa mayoría no se había reconocido aún como un axioma constitucional. De cuanto ha escrito Macaulay nada hay más valioso que su pintura de los graves peligros que asediaron al reino durante ese período de transición y su vivo y profundo comentario sobre nuestro método de gobierno por el turno de los partidos. No hay ningún pasaje en todas sus obras que revele más claramente el concurso de prendas intelectuales que constituía el verdadero secreto de su fuerza—la combinación, en el mismo hombre, del talento literario, del

saber histórico y de la experiencia de los grandes asuntos.

Asimismo, como ejemplares de narración bien combinada y vigorosamente sostenida, nada ha producido con lo cual no puedan sostener la comparación perfectamente sus descripciones de la visita del czar, del juicio de Spencer Cosoper, y, sobre todo, de la fatal alucinación de Darien. Pero, por notables que fuesen los episodios de que estaba sembrada la porción de la *Historia* que no pudo llegar á publicar, no puede negarse que había empezado á decaer el brío con que en otro tiempo proseguía su gran empresa. Veo difícil—escribe en Febrero de 1857—trabajar con regularidad en mi obra. Es una antigua dolencia mía. No me ha impedido hacer bastante en el curso de mi existencia; pero últimamente he sentido esta impotencia como nunca. La principal razón, á mi ver, es la gran duda que tengo de si viviré lo suficiente para acabar otro tomo de mi obra. Sabía, para usar la expresión que él aplicaba al moribundo Guillermo de Orange, que su tiempo era corto, y le afligía, con una aflicción que sólo pueden sentir los espíritus elevados, el ver que debía dejar su obra á medio concluir.

Insensiblemente tuvo que resignarse á la convicción de que debía dejar sin exponer la parte de la historia inglesa que él podía tratar como nadie. Otros podrán estudiar el reinado de Ana con diligencia más minuciosa—el descubrimiento de materiales desconocidos hasta aquí, no podrán menos de proyectar nueva luz de cuando en cuando sobre sucesos tan extensos y complicados como los que mediaron entre la ruptura de la paz de Ryswick y el advenimiento de la casa de Brunswick;—pero puede afirmarse seguramente que pocos ó ninguno de los sucesores de Macaulay, sentirán como

él el entusiasmo del periodo. Hay fases del gusto literario que pasan para no volver nunca; y las primeras impresiones de los futuros literatos raras veces tendrán alguna conexión con el *Robo del Rizo* y el *Ensayo sobre la crítica*—con el *Spectator*, el *Guardian*, las *Memorias de Martinus Scriblerus* y la *Historia de John Bull*. Pero el espíritu de Macaulay se alimentó en la juventud con las obras de Pope, de Bolingbroke, de Atterbury y Defoe. Todo lo que se había escrito por ellos, ó acerca de ellos, era tan familiar para él como la *Dama del Lago* ó la *Desposada de Abydos* para la generación que se formaba cuando aparecían por primera vez en las bibliotecas circulantes la *Vida de Scott*, de Lockhart y la *Vida de Byron*, de Moore. Conocía todos los folletos publicados por Swift ó Steele ó Addison tan bien como los tories de 1790 conocían su Burke ó los radicales de 1820 su Cobbett. Momentos había en que acariciaba la esperanza de poder utilizar aún ese vasto caudal de datos. Su Diario nos lo muestra en más de una tarde de estío, «pasando por el pórtico y leyendo folletos del tiempo de la reina Ana». Pero en realidad no esperaba poder sacar partido del saber acaudalado de esa suerte. Otros que no podían creer que tal vigor de frase y tal viveza de inteligencia cupiesen en un hombre, cuyos días estuvieran contados, confiaban en que haría buenas las palabras con que empieza el primer capítulo de su *Historia*. Un antiguo amigo manifiesta en una carta que espera los tomos VII y VIII para satisfacer su curiosidad acerca de los reinados de los dos primeros Jorges, que «son para mí—dice—los tiempos oscuros». Otro es bastante vehemente para regocijarse de antemano con la idea de leer lo que Macaulay tendría que decir sobre «el gran progreso de la máquina de vapor y sobre sus

consecuencias». Pero, por lo que hace al autor, cuando había escrito las primeras páginas del tomo V, se hubiera dado por muy contento con tener la seguridad de que viviría lo suficiente para llevar su *Historia* en forma completa y enlazada hasta la muerte de su protagonista Guillermo de Orange.

Durante los últimos años de su vida Macaulay envió algún que otro artículo á la *Enciclopedia Británica*. Había cesado—dice Mr. Adam Black—de escribir para las revistas y demás publicaciones periódicas, aunque se lo pedían con vivas instancias. A sus sentimientos amistosos debo yo puramente esas joyas literarias, que no hubieran podido comprarse con dinero; y á título de homenaje de justicia á su memoria consignaré, como uno de los muchos ejemplos de su bondad y generosidad, que puso por condición para escribir en la *Enciclopedia* que no se hablase siquiera de remuneración. Esos artículos son los consagrados á Atterbury, Bunyan, Goldsmith, el doctor Johnson y William Pitt. El último, que arroja poco más de 70 páginas en 8.º, le tuvo entre manos las tres cuartas partes de un año. A principios de Noviembre de 1857 escribe Macaulay: «Va dibujándose en mi pensamiento el plan de un buen estudio sobre Pitt»; y el 9 de Agosto de 1858: «Acabé y envié el artículo que me ha dado tanto que hacer. Le empecé, á lo que veo, en Noviembre último. ¡Cuánto tiempo para tal bagatela!»

La concienzuda labor de los primeros días deparó ahora á Macaulay una recompensa inestimable á los ojos de todo verdadero autor. La costumbre de trabajar siempre con la mayor perfección que le era posible estaba tan arraigada en su naturaleza, que á pesar del declive de sus fuerzas físicas, la calidad de sus producciones seguía siendo la misma de siempre. En vez de

escribir peor, se limitaba á escribir menos. Esos cinco ensayitos en forma condensada y en estilo vivo y nervioso son cuanto debe ser un artículo de *Enciclopedia*. El lector que los recorre rápidamente se felicita de haber tropezado con lo que mira como una biografía ligera muy fascinadora; pero el que los estudia y examina atentamente, descubre que cada hecho, fecha y circunstancia se consigna precisa y fielmente en el debido orden cronológico. Macaulay creía que él, como escritor, había ido en progreso constante hasta lo último; y la cuestión referente á la superioridad de su última sobre su primera manera puede decidirse por una comparación entre el artículo sobre Johnson de la *Revista de Edimburgo* y el artículo sobre Johnson de la *Enciclopedia Británica*. El último de los dos es ciertamente un modelo de lo que el eminente personaje á que se refiere consideraba como condición esencial de un biógrafo: el arte de escribir bagatelas con dignidad.

Macaulay tenía mil maneras de disipar la monotonía de sus días. Ahora que había dado algún respiro á sus facultades, creía menester cerciorarse de vez en cuando de que no se enmohecían, á la manera de un antiguo guerrero griego, que seguía ejercitando en el gimnasio el vigor que no gastaba ya en el campo de batalla. Estuve paseando por el pórtico (escribe en Octubre de 1857), y aprendí de memoria el soberbio acto IV del *Mercader de Venecia*. Hay cuatrocientos versos, de los cuales sabía ciento cincuenta. Me hice completamente dueño de todo, incluso la prosa, en dos horas. Y en otro lugar: He aprendido el pasaje en que Lucrecio representa á la Naturaleza debatiendo con los hombres, que se quejan de la ley general de la mortalidad. Es muy hermoso; pero advierto que los epicúreos exageraban inmensamente los terrores reli-

giosos de sus contemporáneos y su temor al castigo futuro, á fin de exaltar á su maestro, suponiendo que había librado á la especie humana de una esclavitud mental horrible. Yo no veo ninguna huella de semejantes sentimientos en ninguna parte de la literatura de aquella época, salvo en esas declamaciones epicúreas. He aprendido casi todo lo que me gusta más de Catulo. Crece á mis ojos, á medida que me familiarizo con él. Una cosa tiene—no sé si es suya ó algo de mí mismo—pero hay ciertas cuerdas de mi espíritu que hiere como ningún otro. Los primeros versos de *Miser Catulle*, los versos á Cornificio, escritos evidentemente estando en cama, y parte del poema que principia *Sí qua recordanti* me afectan más de lo que puedo decir. Siempre me hacen llorar. Ahora he recorrido los siete primeros libros de Marcial y he aprendido unos trescientos sesenta de los mejores versos. Su mérito me parece consistir sobre todo en la rápida sucesión de imágenes vivas. Hubiese deseado que fuese menos repulivo. Es tan brutal como Aristófanes. Ciertamente es un escritor muy hábil. A veces llega muy cerca del mismo Catulo. Pero, amén de lo grosero, me disgusta por su servilismo y su pordiosería. En su posición—porque era un caballero romano—no hubiera estado de sobra un poco más de dignidad. Concedo mucho á la diferencia de costumbres; pero jamás puede haber sido *comme il faut* en ningún tiempo ni pueblo el que un hombre de nota, un hombre que se roza con los grandes, esté pidiendo constantemente, y persiga con andanadas de insultos á los que no le dan nada.

En Septiembre de 1857 escribe Macaulay: «He estudiado á ratos perdidos la *Pairia*. Necesito estar mejor informado acerca de la asamblea en que he de sentarme.» Pronto pudo repetir sin libro la lista entera de la

Cámara de los Lores; y pocos días después apunta: «Más ejercicio para mi memoria: segundos títulos.» Cuando acabó con la *Pairia*, pasó al Calendario de Cambridge y después al de Oxford. «Ahora—dice—me sé de memoria todos los Fastos de nuestra Universidad—todo lo digno de recordarse, se supone.—Una cosa fútil; pero quería ver si mi memoria era tan fuerte como solía, y no noto ninguna decadencia.»

1.º de Junio de 1858.—Siento ver que voy perdiendo mi alemán. Me he decidido á recuperarle. Dicho y hecho. Me llevé al jardín la *Historia de la guerra de los Países Bajos* de Schiller, y lei cien páginas. Haré lo mismo diariamente todo el verano. Habiendo sentido la necesidad del italiano en sus excursiones anuales, Macaulay tomó un maestro para soltarse á hablar. «Conversábamos—dice—cinco cuartos de hora. Me desenvolvía maravillosamente, mucho mejor de lo que yo esperaba.» Me acuerdo muy bien de la pintura que hacía mi tío de aquellas conferencias. Mientras las lecciones se referían á los diálogos ordinarios en el tren y las fondas, Macaulay, tenía poco que decir y mucho que aprender; pero, siempre que la conversación versaba sobre política á literatura, asombraba á su compañero con la profusión de su vocabulario un si es no es arcaico. El preceptor apenas podía dar crédito á sus oídos cuando un discípulo, que tenía que aprender las expresiones corrientes para pasar su equipaje por la aduana ó pedir sus cartas en el correo, empezaba á hablar de pronto de la ocupación francesa de Roma con un torrente de frases que bien hubieran podido salir de la pluma de Fra Paolo.

El placer con que Macaulay se entregaba á esos pasatiempos que entretenían sus horas solitarias, contribuyó no poco á su felicidad y al equilibrio de su ánimo.